

Mario Cesariny: El último de los surrealistas (1923-2006)

Miguel Ángel Flores

A LA PREGUNTA DE ¿CUÁL HA SIDO LA FIGURA más excéntrica?, ¿la más controvertida? ¿la más incómoda? de la poesía portuguesa del siglo XX, sin duda que la respuesta será: Mario Cesariny de Vasconcelos, quien falleció al finalizar el año del 2006. El poeta, en la última etapa de su vida, suprimió su apellido paterno –cabe mencionar que en Portugal, al nombre legal le antecede el apellido materno. A él se debe la fundación del primer grupo surrealista en su país de origen. Era un hombre que le gustaba provocar escándalos, de reacciones imprevistas, poco afecto a las cortesías con el prójimo y que rechazaba los elogios con gesto agrio. Construyó su mito y su leyenda. Mostró, sin recatos, en un ambiente de sacristía y pudor cristianos, sus preferencias sexuales, lo que le valió la hostilidad del mundo oficial y el acoso de la policía política, la famosa PIDE, que no perdió ocasión para hostilizarlo llegando al extremo de enviarle un oficio en el que se le daba aviso de que tenía prohibido salir a la calle por considerársele sujeto de malas costumbres. A ese documento, Cesariny le dio la categoría de acto surrealista. Cuando la *Revolución de los Claveles*, en 1974, liquidó la dictadura instaurada por Antonio Salazar el año de 1933, él, especialmente, recibió la noticia como una liberación. Cesariny, figura central de la vanguardia, y presencia imprescindible de la poesía portuguesa, dejó de existir el 28 de diciembre de 2006.

Durante una de las muchas temporadas que he pasado en Portugal, le pedí a una de las empleadas de la Casa Pessoa que me facilitara el contacto con Cesariny, pero me aconsejó que evitara exponerme a un violeto desaire que seguramente se traduciría en un mal recuerdo de Portugal. Y me comentó que dos semanas antes el poeta inglés, Michael Hamburger,

de visita en Lisboa, había querido hablar con él. Como sabían de su carácter, se adelantaron para informarlo sobre el interés del autor de *La verdad de la poesía*. No estaba en su casa, se hallaba con amigos en un bar cercano. Cuando se enteró de la petición de Hamburger, sólo dijo con tono de fastidio que no tenía tiempo para hablar con un hombre de letras, que no le interesaba conocer poetas y menos si venía de otro país. Yo, por supuesto, que tenía interés en conocer a esa leyenda viva, al cónsul de André Breton en tierras lusitanas, al hombre de la soberbia y el desplante, el único autor que había hecho sonar la nota llena de humor en la poesía portuguesa, al contestario y al intransigente. Al poeta que había seguido al pie de la letra las lecciones de su maestro francés instaurando tribunales para expulsar del reino del surrealismo a los réprobos o heterodoxos, como su compañero en las primeras lides, Alexandre O'Neill. Tenía interés en tratar a Cesariny, el poeta que nunca advirtió que su obra plástica sobrepasa en importancia a lo que hizo con la letra escrita. Escuché el consejo de mi amiga de la Casa Pessoa y abandoné mi empresa.

Él azar, como todo en la vida, hizo posible que tuviera un encuentro con él. Una noche de primavera, Herminio Monteiro, que dirigía entonces la editorial Assiro & Alvim, responsable del rescate de su obra, hasta entonces dispersa y publicada en libros descuidados, acribillados de erratas, por editoriales desaparecidas, me invitó a acompañarlo a la Feria del Libro de Lisboa. No me mencionó que estaría presente Mario Cesariny. Sin aviso previo se había programado una conferencia del poeta surrealista, que culminaría con un cocktail. La conferencia se convirtió en un acontecimiento. El poeta surrealista, con ademanes afeminados que hacían

de él una caricatura, sin dientes, extremadamente delgado, con una cabeza que recordaba las calaveras de Posada, echó su rollo sobre la vigencia del surrealismo. Durante el cocktail, Monteiro me presentó con él, quien me miró con indiferencia, pero cuando su editor le mencionó que yo era mexicano, su actitud cambió, dejó de lado la máscara y se despojó de su papel de histrión y comenzó a platicar conmigo con una cordialidad que me desconcertó. Me habló sobre todo de su viaje a México, de su amistad con Octavio Paz y de su visita frustrada a Leonora Carrington, por quien tenía una gran devoción. Confusión del idioma. Cesariny nunca tuvo interés en nuestra lengua, aunque la entendía en términos generales. Cuando le preguntó Paz por el domicilio de la pintora, éste le respondió que vivía en Chihuahua. Paz no fue preciso: al poeta portugués se le vino a la mente el remoto estado del norte asociado a las andanzas de Artaud. Sólo a su regreso a Portugal se enteró de su error. Y no dejaba de lamentar el equívoco.

Con la muerte de Cesariny murió también una época. La vida le permitió vivir las mezquindades y la pobreza

espiritual de un país regido por la mano invisible, pero presente en todos los ámbitos, del dictador Oliveira de Salazar, en el que asumió el papel de *écrivain méchant*, haciendo de todos los actos de su vida un desafío constante. La vida le permitió también, en el último tramo de su existencia, ser testigo del renacimiento del país que hizo posible la *Revolución de los Claveles* aquel día de abril de 1974.

El surrealismo llegó tarde a Portugal. No tuvo seguidores en su primera hora, cuando un puñado de poetas y pintores franceses buscaron aliar a la realidad y el deseo el mundo de los sueños buscando inscribirse en un mundo de libertad moral y estética, subvirtiendo el orden de la razón burguesa. Nacido en 1924, Cesariny era joven en la década de los años 40 cuando con un grupo de amigos dio vida al primer grupo surrealista organizado. Ya podemos imaginar el escándalo que se armó con su irrupción en el Portugal de aquellos años. António Maria Lisboa, que moriría muy joven, y Alexandre O'Neill, también de muerte relativamente prematura, fueron los otros dos nombres que formarían la triada surrealista más destacada. Cesariny no sólo buscó



adaptar los métodos de la poética desarrollados por su maestro Breton en el campo de las letras, sino que puso en práctica también sus procedimientos inquisitoriales. Se erigió en sacerdote de la pureza y la ortodoxia surrealista y expulsó de su grupo a O'Neill. Para el surrealista que fue Cesariny, el núcleo de su poesía partía de la materia real que después el inconsciente modificaría sustancialmente. Como lo ha señalado la crítica portuguesa, su maestro fue Césario Verde quien lo guió por las deambulaciones urbanas de *Corpo Visible*. Atento a uno de los rasgos más sobresalientes de la poética surrealista, el que se refiere a lo visionario, no dejó de advertir la fuerza que había en Teixeira de Pascoas, como lo señala Fernando J. B. Martinho, al destacar los esfuerzos del poeta por hacer hincapié en la importancia de Pascoas en una época dominada por la presencia de la obra pessoana. Casi podría decirse que escribió en contracorriente, o en contradicción, a la figura de Pessoa, estableciendo una querrela que lo llevó a elogiar y a esquematizar a Álvaro de Campos. No dejaba de ser una sorpresa que el poeta de las negaciones considerara que aún había vida en el *saudosismo* que pregonó Pascoas, y que el autor de la "Oda marítima" consideró en la etapa madura de su vida como un peso muerto en la tradición poética de su país. En una entrevista de 1985 (citada por el mismo Martinho) Mario Cesariny señalaba con cáustica ironía: "Lo que me irrita es que se haya colocado a Pascoas al margen, como un provinciano, y que tengamos esta locura de Pessoa. Uno está en el café, en Lisboa, y el otro, en la montaña (Pascoas nunca vivió en Lisboa, pasó toda su vida en su pueblo natal de las montañas del norte de Portugal). Pascoas tiene una grandeza, una respiración... Pero Pessoa tenía un talento para la expresión literaria que el otro no logró. Pascoas lleva a cuestras toda la montaña, con el excremento y el cielo, y no se separan. Pessoa es un destilador —y escribe tan bien que la gente tiene que aceptarlo..." Cesariny sobre sus actos

de provocación y de subversión tuvo un gran dominio del ritmo y de la rima, y gran gusto por la poesía tradicional, que recreó incorporándole el sustrato del humor negro, tan caro a su maestro francés.

Para Cesariny el poeta era sólo el autor de un poema sino también un actor, un prestidigitador, el prestidigitador de una comedia lírica y épica. En su poesía y en su vida hubo mucho del juglar que despliega sus habilidades en el foro no sólo de un teatro sino también en la calle, uno de sus libros se llama precisamente *Manual de Prestigitação*, aludiendo sin rodeos al universo teatral. Y Shakespeare le proporcionó algunas citas e ideas. "You are welcome to Elsinore", Hamlet en la costa lusitana fue la coartada para aludir eufemísticamente al reino cadavérico que era el Portugal de los años 50. El mismo Martinho señala que no es una casualidad que uno de sus poemas de homenaje esté dedicado a Antonin Artaud, que hizo del teatro y de la revolución que quiso llevar a cabo en éste, el centro de su vida. En ese texto que es uno de los más destacados de su obra, expresa aquello que será la cuestión nodal de toda literatura dramática, la que se refiere a las tensiones entre identidad propia y ajena, sin dejar de aludir a la estética, que hace suya, de transe ritual y transformación radical del espectador/lector propuesta por el poeta homenajeado "[...] mi nombre debe existir escrito en algún lugar 'tenebroso y cantador' suficientemente gélido y horrible/ para que sea imposible encontrarlo/ sin que de alguna forma se dirige por el camino/ del Valor porque respecto a esto —y creo que digo bien- ninguna garantía de lectura gratuita se ofrece al viandante". Dentro del caos de su vida pocos escritores se ha expresado con tal rigor y exigencia. •

Miguel Ángel Flores es profesor-investigador adscrito al Departamento de Humanidades de la UAM-Azcapotzalco, así como crítico literario y poeta. Correo electrónico: fanpes@hotmail.com.